

INTRODUCCIÓN

Has llegado al módulo de los "prehumanos", es decir, de los adolescentes. La adolescencia es una edad clave, con retos y necesidades específicas y peculiares, distintas a cualquier otra edad. Hemos diseñado este módulo para darte una amplia comprensión de qué es la adolescencia, cuáles son los fenómenos relacionados con ella y cuáles los retos que plantea a la Pastoral Juvenil. Hablaremos también de las características que ha de tener un ministerio dirigido a este grupo de edad.

MÓDULO 7
CAPÍTULO 1

El Trabajo Con Adolescentes

I. LA NECESIDAD DE DELIMITAR EL CAMPO

Juventud es un concepto excesivamente amplio, actualmente se habla de jóvenes adultos para referirse a todas aquellas personas que no llegan a los 30 años. No olvidemos que hoy en día la juventud es un valor en alza en nuestra sociedad y, por tanto, es normal que haya un deseo de parte de aquellos que van perdiendo la juventud, en sentido estricto, por "alargar" la edad en que una persona puede ser considerada joven.

Hubo una época en que ser joven podía ser considerado como un aspecto negativo. En los días que corren, podemos decir que es todo lo contrario, se desea ser y, si no al menos, parecer joven. Como el concepto joven puede prestarse, por tanto, a equívocos y ciertas personas podrían ofenderse por ser excluidas de tan valioso grupo de definición, pensamos que lo mejor es poder buscar en los expertos el punto de referencia que nos permita ser objetivos a la hora de delimitar el campo de lo que vamos a considerar joven.

El profesor Javier Elzo ha encabezado el equipo de sociólogos que ha llevado a cabo el más extenso y reciente estudio sobre la juventud española bajo el título Jóvenes Españoles 99. Pues bien, en su obra, este equipo define como jóvenes, o al menos han incluido como tales, a todas aquellas personas comprendidas entre los 14 y los 25 años de edad.

Hemos, por tanto, definido un poco el campo de este trabajo, sin embargo, nos vemos precisados a delimitarlo un poco más, ya que queremos concentrarnos en los años de la adolescencia. Es un hecho que los años

comprendidos entre los 14 y los 25 no son ni mucho menos años homogéneos, y que dentro de ellos podrían ser especificadas diferencias y etapas claramente definidas, tal y como Levinson y otros estudiosos del desarrollo humano han constatado. Vamos a centrarnos en los primeros años de lo que se define como juventud, los años de la adolescencia.

El primer desafío con el que nos encontramos es precisar el principio y el fin de este periodo. Sin duda, es una tarea ardua y difícil de concretar. Algunos autores colocan la fecha de su comienzo hacia los 12 ó 13 años y la de su final hacia los 17 ó los 18. Por ejemplo, el ya citado profesor Javier Elzo, en su libro, El silencio de los adolescentes, hace la siguiente clasificación:

Preadolescencia:	12 a 14 años
Adolescencia:	15 a 17 años
Jóvenes:	18 a 24 años
Juventud prolongada:	25 a 29 años
Tardojóvenes:	30 a 35 años

Esto es sólo una franja de edades orientativa, muchos factores pueden modificarla. En algunas personas esta edad se adelanta o se retrasa. En otras se alarga o se acorta en función de determinadas circunstancias personales, sociales o familiares. Es también cierto que en las muchachas la adolescencia, al menos los síntomas físicos de la misma, se declaran con mayor precocidad que en los chicos.

Sin embargo, todos aquellos que trabajamos con jóvenes en el ámbito de nuestras iglesias podemos coincidir en afirmar que la adolescencia y los fenómenos no físicos con ella asociados, cada vez se dan en una edad más temprana, y a la vez, el periodo de la adolescencia propiamente dicha cada vez se prolonga más en el tiempo. De hecho, algunos ya comienzan a hablar de la adolescencia más como un estado y no propiamente como una franja de edad. En este sentido apuntaría el reciente libro de Eduardo Verdú, Adultescentes, en el cual el autor desarrolla el tema de aquellos jóvenes que nunca acaban de llegar a adultos.

II. LA ADOLESCENCIA UNA EDAD CRITICA

La adolescencia es la edad en que la persona procede a la formación de su identidad personal, incluyendo la formación de su propia identidad religiosa y espiritual. La adolescencia es una edad de cambio en muchos aspectos de la vida. Estos cambios han sido descritos y documentados por especialistas seculares y religiosos y, en parte, aparecerá reproducido más adelante en este mismo módulo. El énfasis de este apartado será la búsqueda de una identidad propia por parte del adolescente.

Erick Erikson escribió:

“Llegar a ser independiente es importante, pero no constituye el principal problema de la adolescencia; es mucho más importante encontrar un sentido de identidad. La persona joven debe preguntarse ¿Quién soy yo? ¿Cuáles son mis valores? ¿Qué propósito tengo en la vida? ¿Cuáles son mis metas en ella? ¿Hacia dónde voy? ¿Cuáles son mis puntos fuertes y mis debilidades? En la mayor parte de las personas, los años de la adolescencia constituyen la época en que se buscan las respuestas a preguntas como estas.”

Ha llegado a ser un tópico, afirmar que la adolescencia es una edad de crisis. No obstante algo de razón y verdad hay en el tópico. La crisis en una de sus acepciones es descrita como un cambio súbito, drástico y marcado en la vida de una persona. Podemos afirmar, que de forma general, los tiempos de crisis, de los que, dicho sea de paso, la adolescencia es tan sólo uno de los varios por los que una persona en su ciclo vital atraviesa. Esto ha sido magistralmente demostrado por Levinson en su

obra The Seasons of a Man's Life, y acostumbran a serlo también de mayor vulnerabilidad a las presiones y fuerzas externas. Por tanto, los adolescentes de nuestras iglesias, en un momento de crisis y vulnerabilidad, de búsqueda de una identidad propia que incluye la religiosa, es cuando ven su fe más cuestionada desde varios y diferentes agentes.

A. Los medios y contextos educativos.

Las escuelas, institutos y otras instituciones educativas a las que asisten nuestros adolescentes son lugares donde su fe es cuestionada. Muchos padres alegremente ignoran los idearios de los centros a los que asisten sus hijos o se desentienden de la vida escolar, ignorando el clima que se vive en la misma, donde sus hijos pasan buena parte de su tiempo. En las clases de historia, filosofía y ciencias la fe es habitualmente cuestionada por profesores, que bajo pretexto de hacer un acercamiento científico, aprovechan para hacer ataques abiertos y descarados contra el cristianismo.

Veamos lo que acabamos de afirmar desde la perspectiva correcta. Un joven en busca de identidad propia en materia religiosa, un joven que debe decidir si la fe de los padres la integrará en su propia y nueva identidad, ve que esta fe es cuestionada por personas: los profesores, con amplia preparación y que pueden llegar a ejercer una fascinación como modelos o puntos de referencia, especialmente en una época en que los adolescentes están tremendamente necesitados de los mismos. No olvidemos que la mayoría de nuestros jóvenes acuden a los institutos y escuelas sin el necesario aparato crítico que les permita enfrentarse a la acción erosiva y destructiva de profesores y libros de texto que a menudo presentan una verdad parcial y manipulada en relación con el hecho religioso.

B. Los medios de comunicación.

Después de la escuela, es muy posible que el televisor sea donde nuestros adolescentes pasan más tiempo, se entiende, naturalmente que delante del mismo y con éste funcionando. Es importante y decisivo que de una vez por todas entendamos, que si bien los medios de comunicación no forman parte de una conspiración mundial de fuerzas ocultas que traman para destruir los valores de nuestros hijos, no es menos cierto que estos medios no

son ideológica, moral, filosófica o políticamente neutros. Los medios transmiten los valores, las filosofías y los principios de aquellos grupos, bien sean políticos o económicos, detrás de los mismos.

Ni las personas más ingenuas creen hoy en día que cualquier medio de comunicación es neutro y plural. Cualquier lector crítico podría fácilmente decir qué valores y colores políticos defienden los diarios de mayor circulación de España, Argentina o cualquier otro país hispano hablante. Lo mismo podríamos afirmar de las cadenas radiofónicas o de televisión.

Veamos un ejemplo que puede ser más ilustrativo que mil explicaciones. En una entrevista publicada en La Vanguardia, uno de los diarios españoles de mayor difusión, José María Benet i Jornet, autor de los famosos "culebrones" de la cadena de televisión TV3, ampliamente seguidos por los jóvenes españoles, afirmaba con total rotundidad: *"Doy clases de ética a través de mis seriales"*. Cualquier conocedor de los contenidos de sus producciones podría afirmar que entre sus contenidos éticos se encuentran la homosexualidad, la adicción a las drogas, la violencia, el asesinato, el incesto y otros productos de lo que él denomina "nuevas sensibilidades sociales". De la entrevista se deduce que, por medio de personajes que ilustran los principios éticos (sic) antes mencionados, Benet i Jornet está haciendo una obra de concienciación de la nueva realidad social.

Algunas personas han defendido a los medios de comunicación afirmando que únicamente reflejan la realidad social en la que vivimos y que, por tanto, no son culpables de llevar a nuestros comedores la realidad social existente allí afuera. Dicha afirmación es más que cuestionable. En una obra anterior, Jóvenes españoles 94, el profesor Elzo afirma lo siguiente al respecto:

"Su capacidad [la de los medios de comunicación] de amplificación social, de lograr llegar a mucha gente con un impacto significativo, elevando, la "visibilidad" social de lo que emiten y "ocultando" socialmente lo que no nos presentan, que pasa así más desapercibido."

Dicho con otras palabras, son los medios de comunicación los que deciden lo que es real y lo que no lo es, simplemente decidiendo a qué

cosas darán prioridad informativa y a qué otras relegarán a la inexistencia. ¿Es la sociedad tal y como la presentan los medios de comunicación? Absolutamente no, pero así es como ellos desean que nosotros aceptemos que es. Ya lo dijo claramente un antiguo primer ministro israelí cuando afirmó: *"Los medios de comunicación no reflejan la realidad social, sino que la crean."*

Sin duda algunos lectores afirmarán que existe un cierto alarmismo y catastrofismo en la visión que aquí se presenta acerca de los medios de comunicación y su influencia en nuestros adolescentes. Es posible, pero creemos que no es así. Pongamos, en primer lugar, las cosas en perspectiva. Posteriormente acabemos con una frase del profesor Elzo y sus colegas, personas a las que hemos de otorgar el beneficio de ser especialistas, no vinculados emocionalmente con el tema que estamos tratando, es decir, el tema de la influencia de los medios de comunicación en el proceso de la formación y adquisición de una identidad personal propia por parte de nuestros adolescentes.

Vayamos, pues, en primer lugar a la perspectiva. Pensemos en un adolescente que está planteándose los valores morales y espirituales de sus padres y que, día tras día, recibe desde los medios de comunicación, en este caso, la televisión, mensajes que defienden, promueven y presentan como normales y aceptables valores y estilos de vida contrarios, cuando no radicalmente opuestos, a los defendidos por sus progenitores. ¿No supone esto una presión sobre el adolescente en una etapa de tremenda crisis y vulnerabilidad?

Acabemos finalmente con la cita del profesor Elzo:

"La televisión además de su poder de generar conformidad, emocionalidad y cierta superficialidad, concentra un alto poder de crear "visibilidad social" y una fuerte capacidad no sólo de fortalecer los valores existentes, sino de "crear" valores emitiendo unidireccionalmente y sistemáticamente algunos y "omitiendo" total o muy parcialmente otros, con lo que se consigue también ir "modificando" el elenco de valores socialmente relevantes y las pautas de conducta social."

Creemos que las palabras del doctor Elzo y sus colegas hablan por sí solas y hacen innecesario cualquier comentario añadido por parte nuestra.

Para finalizar no hemos de olvidar que, en el caso específico del cine y la televisión, los medios en sí mismos son un agravante. Como sabiamente afirmó McLuhan: *"El medio es el mensaje"*. El "glamour" en el que sus contenidos filosóficos son presentados y con el que son revestidos hace que sean terriblemente más atractivos. Y, no olvidemos, que ante el televisor o cómodamente sentados en la butaca del cine casi todos acostumbramos a tomar una actitud claramente relajada, no nos sentimos en un contexto en el que vayamos a ser bombardeados ideológicamente y, como afirma el psicólogo Jaume Triginé, todos tenemos la tendencia a relajarnos y desactivar todos nuestros aparatos y defensas críticas. A este respecto en El silencio de los adolescentes, el profesor Elzo escribe:

"... la influencia de la televisión hay que verla no tanto en el campo directamente ideológico, de control ideológico, por ejemplo en los informativos, o en la forma y contenidos de los debates, informes, etc., sino en lo que, a priori puede parecer más banal, más plano, los programas de diversión (concursos, chismología de famosos y famosillos, culebrones, sensiblerías, sin olvidar el fútbol, etc.) por la capacidad que tienen de mantener entretenidas a las personas, fuera del circuito de las decisiones, o de las preguntas comprometidas."

Los medios de comunicación se han hecho tan omnipresentes en la sociedad contemporánea que muchos expertos no dudan en afirmar que están suplantando a los padres en su labor educativa. En un artículo publicado el 28 de agosto de 1998 en el diario El País, bajo el título Los medios de comunicación sustituyen la tarea de los padres, según los educadores, Jean-Michel Dijan, director de Le Monde de l'Education, afirmaba lo siguiente:

"El adolescente de nuestros días carece de modelo crítico para enfrentarse a los mensajes que le llegan de los nuevos medios de comunicación. La televisión, el cine o Internet están funcionando como sustitutivos de la tarea educativa de los padres, sobre todo en las familias más

modestas económica y socialmente. Estos mensajes llenan unos vacíos de transmisión filosófica, artística y espiritual."

El autor de estos comentarios no es un cristiano, por tanto, su visión no puede ser tachada de parcial. Hay otros escritores cristianos que comparten esta misma opinión y denuncian la realidad que los medios de comunicación -y los grupos ideológicos detrás de ellos- están más que dispuestos a llenar el vacío dejado por los padres. A este respecto, Scott Larson y Larry Brendtro, en su libro Reclaiming Our Prodigal Sons and Daughters, escriben lo siguiente:

"La nuestra puede ser la primera generación que crece sin los ojos de adultos supervisándolos. Sin apego a adultos, sus vínculos con la gente de su propia edad son mucho más fuertes que en culturas en las que las familias todavía crían a sus hijos. Pero cuando la fuente primaria de valores viene de la propia subcultura juvenil, los hijos van a la deriva sin una brújula moral."

La industria del ocio acude a este vacío de valores con su voluntad y disponibilidad para proveer a los hijos con el mapa de carreteras que no reciben en el hogar, la escuela, o la Iglesia. Pero la relación entre la juventud y los medios de comunicación es simbiótica. No solamente los medios de comunicación necesitan los miles de millones de dólares que la gente joven gasta en ocio, sino que también los jóvenes se vuelven hacia los medios de comunicación en busca de nutrición y guía."

Un último apartado para reseñar porqué la adolescencia es una edad crítica. Las estadísticas nos indican que en el mundo occidental la mayoría de los jóvenes que no aceptan a Cristo en los años de la adolescencia no suelen hacerlo más adelante. Y no hace falta referirnos a las estadísticas, lamentablemente, todos nosotros sabemos que la mayoría de los jóvenes que abandonan nuestras iglesias acostumbran a hacerlo en esta edad tan crucial. Esto es debido a determinados factores que serán considerados más adelante.

Además, las cosas están cambiando de forma dramática. Ron Hutchcraft, en un artículo titulado The Battle for a Generation, afirma:

"Existe un aspecto último que me ha motivado durante más de treinta años de ministerio. Al menos, tres cuartos de todos aquellos que reciben a Cristo, lo han hecho antes de cumplir los dieciocho años. Pero ahora hay una nueva realidad. Estudios llevados a cabo por Barna Research Group muestran que a menos que un chico llegue a conocer a Cristo antes de cumplir los trece años, probablemente nunca llegará a conocerlo."

Es cierto que estos estudios hacen referencia a la realidad de los Estados Unidos, por tanto, a falta de estudios similares en nuestro país tan sólo podemos echar mano de nuestra experiencia directa de ministerio. Ésta nos confirma la necesidad de comenzar nuestro trabajo con los adolescentes en edades cada vez más tempranas.

III. LA CRISIS DE LA ADOLESCENCIA

Hemos afirmado anteriormente citando al profesor de Harvard, Erick Erikson, que la adolescencia es una etapa de búsqueda de la identidad propia, con todas las preguntas vitales y trascendentales que ello conlleva. Quién soy desde el punto de vista físico, mental, social y naturalmente espiritual. Este cuestionarse es necesario, por otra parte, para poder llegar a la madurez. Es producto del desarrollo de nuevas habilidades de pensamiento en la vida del joven que le permiten reflexionar acerca de sí mismo de forma abstracta. Esta búsqueda de una identidad personal propia va acompañada de ciertos fenómenos o procesos que trataremos de describir a continuación.

En primer lugar, existe una necesidad de distanciarse de los padres. Este distanciamiento que no es malo en sí mismo, es completamente necesario para poder encontrar la identidad personal propia, el propio yo en todos los aspectos y, consecuentemente, también para poder encontrar el propio yo espiritual. Al hablar de esta necesidad de "tomar distancia" de los padres, Levinson, en su obra antes citada, utiliza las siguientes palabras:

"Sus aspectos internos envuelven una creciente diferenciación entre el yo y los padres, una mayor distancia psicológica de la familia, y una dependencia emocional decreciente del apoyo y la autoridad familiar."

Parte de este proceso de distanciamiento de los padres consiste en cuestionarse los valores paternos, valores políticos, culturales, sociales y naturalmente religiosos. Pero de nuevo tratemos de colocar las cosas en la perspectiva correcta. ¿Cuándo se lleva a cabo este proceso de distanciamiento? Precisamente como parte de una etapa de crisis y vulnerabilidad en la que el adolescente se está abriendo a nuevos valores, nuevas formas, alternativas y concepciones de la vida, en la que la influencia de los padres va decreciendo y la fe del joven se ve cuestionada por los agentes antes ya ampliamente mencionados.

No creemos, sin embargo, que este distanciamiento sea malo. La fe de la infancia, una fe heredada de los padres y aceptada durante la edad infantil sin planteamientos ni preguntas ha de convertirse en una fe personal propia, y difícilmente esto puede llevarse a cabo sin que se produzca un cuestionamiento la fe de los padres. El joven ha de decidir si en la nueva personalidad que se está formando y desarrollando integrará la fe que hasta entonces había percibido como una parte más de su identidad anterior, identidad basada de una forma fundamental en la familia.

Muchos de los jóvenes que abandonan la Iglesia en este periodo es posible que lo hagan debido al hecho de que no pudieron, no supieron o no quisieron integrar la fe en la nueva identidad que iban desarrollando, todo ello motivado o explicado por razones diferentes.

Solamente por medio del examen crítico y del cuestionamiento, si es preciso, puede llegar la fe a convertirse en sólida y resistente, en una fe adulta y madura. Será ésta la que estará en posición de resistir las enormes presiones que la sociedad de hoy en día coloca sobre todos aquellos que tratan de vivir una fe íntegra y coherente. Vienen perfectamente al caso las palabras del apóstol Pablo cuando afirmó: *"Por lo demás, todo el que aspire a vivir como auténtico cristiano, sufrirá persecución"* (2 Timoteo 3:12). La persecución, las presiones,

están garantizadas, pero sólo aquel que tenga una fe madura y equilibrada podrá resistirlas. Esta, sin duda, es la fe que deseamos para nuestros adolescentes.

En definitiva, la fe heredada de los padres y que sirvió y funcionó perfectamente durante la edad infantil debe ser cambiada por una fe madura e integrada en la nueva identidad que el joven se está formando. No existe un modelo único en este proceso. En algunos jóvenes puede darse de una forma suave y tranquila, en otros no podrá hacerse sin tensión y un cuestionamiento, en ocasiones de forma agresiva, de los valores espirituales de sus progenitores.

Llegados a este punto, es preciso que hablemos de los marcos de referencia y su papel en la formación de la nueva identidad del adolescente. En el proceso de adquisición de una identidad propia los marcos de referencia tienen un lugar vital e importantísimo. Estos marcos actúan como puntos de orientación que sirven para que por medio del contraste, la comparación, la imitación y, en ocasiones, la oposición, el adolescente pueda ir moldeando su nueva y emergente personalidad e identidad.

Como puede deducirse de su nombre, estos marcos proveen un modelo, un punto de referencia o de orientación para ayudar al joven a formar su propia identidad. Los marcos de referencia capacitan -o deberían hacerlo- al adolescente a responder a las preguntas claves de esta etapa de su vida. ¿Cómo debo ser? ¿Qué tipo de personalidad he de desarrollar? La persona, en su proceso de búsqueda de una identidad propia, mira a su alrededor en busca de señales que le permitan hacerse una idea acerca de cómo puede contestar estas preguntas.

Una deducción lógica que rápidamente podemos hacer es la importancia de que esos marcos de referencia sean de calidad y tengan la suficiente vitalidad para proveer la orientación y la referencia que el joven con tanta prioridad necesita. La calidad y vitalidad de los mismos, reconocen los expertos, es básica para el desarrollo de identidades personales maduras y equilibradas. Consecuentemente, cuando no lo son, la personalidad que suelen formar es inmadura e inestable.

Una vez más nos vemos obligados a recurrir a los profesores Elzo, Orizo, Blasco y del Valle y a

su estudio sobre los jóvenes españoles. En el mismo, estos autores concluyen que los marcos tradicionales de referencia en nuestro país son la familia, la escuela y la Iglesia. Posteriormente afirman que dada la debilidad de estos marcos de referencia se debe el que los jóvenes españoles tengan dificultades en el logro de identidades personales consistentes. Las implicaciones son, o deberían ser muy claras para nosotros como comunidad cristiana. Los marcos tradicionales, entre los que están los dos pilares básicos en los que se fundamenta la formación espiritual de nuestros hijos son calificados como débiles y los frutos que producen son definidos como inestables. Nuestros hijos y nosotros mismos somos parte de nuestra cultura y nuestra generación. Por tanto, ¿es muy aventurado afirmar que aun sin conocernos los autores del informe sobre la juventud española han hecho un buen diagnóstico del estado de nuestros marcos de referencia y del resultado que están obteniendo? Pensamos que sí.

Vamos a concluir que en fuerte competencia con unos marcos de referencia tradicionales aquejados de debilidad están imponiéndose nuevos y poderosos marcos de referencia que pugnan por sustituir, y cada vez lo van logrando de forma más extensa, a los primeros. Estos marcos potenciados por los medios masivos de comunicación y multiplicados por los compañeros y amigos son los nuevos marcos hacia los que los adolescentes se vuelven en busca de orientación en el desarrollo de su nueva identidad.

En efecto, los marcos de referencia tradicionales son sustituidos por los nuevos marcos, los medios de comunicación, de los que ya hemos hablado, y los amigos. Con respecto a la importancia de los amigos en la vida de los adolescentes, Jaiver Elzo, en El Silencio de los adolescentes, escribe:

"... la importancia creciente que conceden los adolescentes y jóvenes españoles de hoy al grupo de amigos, como el espacio en el que se dicen las cosas más importantes para orientarse en la vida. En efecto, poco a poco el grupo de amigos, el uso del tiempo libre y de ocio están ocupando uno de los espacios de socialización más importantes."

Más adelante volveremos sobre el tema de los amigos como marco de referencia, sin embargo, en este momento debemos mencionar la debilidad que los propios amigos suponen como punto de referencia para el adolescente. En la mayoría de los casos, los amigos sólo pueden aportar más confusión y estrés al que ya sufre el adolescente en su búsqueda de identidad. Son, como bien indica la Escritura, ciegos que están tratando de guiar a otros ciegos. Todos sabemos cuál acostumbra a ser su final.

IV. EL PAPEL QUE DESEMPEÑA LA FAMILIA

El papel jugado por la familia en la educación espiritual del adolescente puede verse como un proceso.

Durante la niñez, las relaciones son caracterizadas por la **cercanía** y por ser esta una etapa que podría ser denominada como de **acumulación**. El niño va acumulando reservas espirituales, morales, emocionales y sociales que le serán de una tremenda validez en los años turbulentos de la adolescencia.

Es este un tiempo que los padres deben invertir en el desarrollo espiritual y emocional de su prole teniendo en cuenta, en la medida de lo posible, el carácter irrepetible de cada hijo. Podemos ilustrar esta idea por medio de las bombas de calor. Estos artilugios producen y almacenan calor durante la noche, cuando las tarifas eléctricas son más bajas y, por tanto, el consumo más económico. Este calor acumulado es liberado durante el día, cuando las tarifas son más elevadas y, de usarse, el gasto sería mayor.

La adolescencia está caracterizada por el **distanciamiento** y por ser una etapa en que los padres **deben dejar ir**, persistiendo siempre en tener una actitud **disponible** hacia el joven. Ya hemos mencionado anteriormente que este distanciamiento es totalmente necesario para el desarrollo de una identidad propia personal. Levinson en su obra anteriormente citada desarrolla claramente este concepto y advierte acerca de la importancia de una feliz resolución del mismo como básico para poder entrar en la vida adulta.

Como en la parábola del hijo pródigo, los padres han de tener una actitud de puertas abiertas y tremenda paciencia. Es una etapa que su

resolución puede estar muy condicionada por la forma en que se haya trabajado en la niñez con los hijos, es decir, por el proceso de acumulación que se haya llevado a cabo con ellos.

Afortunadamente todo adolescente -aunque lamentablemente no todos con la rapidez deseada- suele "sentar cabeza" como acostumbramos a decir de forma coloquial. En su proceso de búsqueda de la identidad propia y, una vez pasados los momentos agudos del distanciamiento, el joven es muy posible que pase a una etapa de **valoración** de los principios, valores y estilo de vida de sus padres, especialmente si éstos han sido personas íntegras, coherentes y honestas. Pensamos que este es un mensaje de esperanza. Contra todo lo que pueda parecer, la familia -cuando actúa como tal- continúa siendo la fuerza más importante y determinante en la vida de los adolescentes. Recurriremos de nuevo a Javier Elzo en El silencio de los adolescentes para ilustrar este punto:

"La capacidad socializadora de la familia depende fundamentalmente de la estructura interna de la propia familia. Allí donde haya una familia con una consistencia ideológica y emocional sólida, no hay instancia socializadora que sea más potente a la hora de conformar hábitos, estructuras de pensamiento, actitudes, valores, etc. Esto pasa por favores diversos de los que citaremos los siguientes: armonía en los padres, tiempo dedicado a los hijos, estilos de vida, ausencia o presencia de un proyecto de vida familiar. Dicho llana -y banalmente, dirán no pocos-, una familia es tanto más socializadora cuanto más familia sea."

En ese caso, es muy posible que los hijos se den cuenta del tremendo patrimonio que la fe y los valores paternos suponen para sus vidas. Es también muy posible que entiendan el valor de los mismos y decidan adoptarlos como propios entrando, por tanto, en una etapa de **asimilación**, en la que dichos valores ya no son sostenidos porque son paternos, heredados o tradicionales, sino porque han sido integrados libre y voluntariamente en la nueva y propia identidad.

Si usáramos el lenguaje del profesor Elzo, diríamos que cuando el joven se encuentra con

un marco de referencia tradicional fuerte -en este caso la familia- es más fácil que asimile en una personalidad equilibrada los valores del mismo. Sin embargo, no olvidemos que aquí fuerte tiene el valor de íntegro, honesto, coherente, ejemplar, no el de autoritario o rígido.

De forma clara y determinante la Biblia otorga a la familia la responsabilidad en la educación espiritual de los hijos, no solamente cuando éstos son niños. No hay está limitación en el texto de la Sagrada Escritura. Básicamente, se encuentran en el libro de Deuteronomio los diferentes pasajes en los que se hace mención de este importante deber paterno (Deuteronomio 4:9-10, 6:7 y 11:18-19). Es interesante comprobar que la Biblia, con su antigua, tremenda y universal sabiduría nos advierta acerca de algo que ahora los sociólogos y psicólogos no dejan de enfatizar como hemos visto anteriormente. Es decir: la familia es el primer y más importante marco de referencia en la formación de la personalidad de un niño y un joven.

Por tanto, la familia no debe abandonar su responsabilidad en manos de la Iglesia. La Iglesia puede y debe tener un papel colaborador. Los estudios hechos sobre la religiosidad de los jóvenes españoles muestran un continuo descenso de la práctica religiosa entre este segmento de la población. Una de las causas según los investigadores, es la ruptura de la transmisión de los valores religiosos por parte de las familias.

La Iglesia y la familia deben actuar de forma conjunta y asociada en esta tarea, pero ni la familia debe delegar su responsabilidad en la Iglesia, ni ésta debe asumir tareas que no le son asignadas por la Escritura, aunque la dura realidad nos enseña que en muchas ocasiones la Iglesia debe asumir esas funciones por defecto. Sin embargo, cuando esto sucede no deben las familias esperar que los resultados sean los mismos que cuando ellas han asumido su responsabilidad bíblica en el proceso de transmitir los valores del Evangelio a la siguiente generación.

Concluimos que la Biblia delega sobre los padres el privilegio de la educación espiritual de sus hijos y, en el caso que nos ocupa, podemos añadir, de sus hijos adolescentes. Pero una familia difícilmente puede transmitir aquello de

lo que carece. Los padres han de ser, por tanto, conscientes de dos puntos muy importantes:

En primer lugar, que tienen la responsabilidad de la transmisión de los valores de la Palabra de Dios a sus hijos. Esto implica la enseñanza tanto en situaciones formales -sea el culto familiar o cualquier otro tipo de actividades educativas que cada familia desarrolle- o informales. La enseñanza que la familia provea ha de ser una enseñanza consciente, dedicada y esforzada.

En segundo lugar, que han de un proveer un modelo coherente e íntegro para sus adolescentes. Los hijos no buscan padres perfectos, son conscientes de que éstos no existen. Sin embargo, los hijos tienen el derecho, todo el derecho del mundo, a exigir y esperar que sus padres se esfuercen por ser íntegros, coherentes y honestos con su fe.

Este modelo debe incluir el reflejar en las propias vidas aquellos valores y aspectos del carácter de Dios que deseamos que nuestros hijos puedan asimilar en su nueva personalidad en formación. Si deseamos que vivan una fe integrada en su nueva identidad han de comprobar, en los marcos de referencia que existen a su alrededor, que la misma funciona ¿Existe algo mejor que el hecho de verla actuando y funcionando en el propio marco familiar?

V. EL PAPEL QUE DESEMPEÑA LA IGLESIA

Recordemos que uno de los conceptos claves de la adolescencia tal y como lo hemos mencionado anteriormente es el distanciamiento de los padres, pues bien, aquí es donde la iglesia juega un papel clave, justo en esa etapa de alejamiento.

Levinson ya ha sido citado como una de las autoridades que explican ese proceso de alejamiento y búsqueda de nuevos marcos de referencia que permitan a la persona joven descubrir y formar su nueva identidad. Es en este momento cuando los amigos y otros adultos significativos cobran una gran importancia y son la fuente básica por la que los nuevos valores son adoptados.

Estos valores son considerados más por el hecho de ser practicados por los otros jóvenes o

por los adultos que ellos consideran significativos, que por su difusión a través de los medios de comunicación. El joven no bebe, fuma o se introduce en el mundo de las drogas porque lo vea en la televisión o en los personajes de las películas, lo hace porque sus amigos también lo hacen. En muchas ocasiones, lo hace incluso en contra de su voluntad, ya que no quiere ser diferente al resto del grupo. No estamos contradiciéndonos con lo anteriormente dicho acerca de estos medios, estamos explicando cómo se lleva a cabo este proceso de asimilación de los nuevos valores.

En esta etapa, la iglesia puede y debe complementar el trabajo que hasta entonces ha llevado a cabo la familia y que con menos intensidad, debido a las nuevas circunstancias, debe continuar realizando. A pesar de este distanciamiento la iglesia no podrá suplantar, ni debe hacerlo, la responsabilidad familiar, pero sí que estará llamada a representar un papel clave de complemento, apoyo y ayuda. La iglesia ha de complementar la tarea familiar reforzando en unas ocasiones y creando y supliendo en otras ocasiones, ese marco de referencia familiar que temporalmente ha perdido, aunque no toda, sí una parte de su capacidad de influencia.

¿Cómo puede conseguir esta meta la iglesia? Puede hacerlo proveyendo los dos medios básicos que los adolescentes van a necesitar, un **ambiente juvenil y adultos** que sean **significativos** para ellos. Dicho de otro modo, la iglesia ha de proporcionar el grupo y los líderes. Para explicar más detenidamente este punto nos vemos obligados una vez más a citar el trabajo llevado a cabo por el equipo de sociólogos encabezados por el doctor Elzo, bajo el epígrafe *Algunas reflexiones finales* comentan lo siguiente:

“Lo experimental más que lo cognoscitivo parece tener significado en su vivir, sobre todo lo que se refiere al trato relacional con otras personas, poniendo de manifiesto una cierta necesidad de acogida, de ser oídos y escuchados, de conectar con personas válidas más que con cosas, instituciones o normas. Tienen también, como los adultos, “ansiedad de sentirse acogidos e identificados en sí mismos”, no funcionalmente usados. Pretenden ser alguien para algunos, más que instrumento para muchos.”

Con sus palabras, estos especialistas han expresado lo que tantos líderes y padres siempre han intuido, la importancia del grupo, la importancia de que se sientan atendidos y acogidos por el grupo y también la importancia de conectar con personas válidas. En este periodo, son las personas las que hacen que los jóvenes continúen asociados con la iglesia. No lo son ni los dogmas, ni la teología ni la institución, salvo en honrosas excepciones.

Hablemos un poco de ese ambiente significativo que la iglesia debe de esforzarse por crear. Una de las características del mismo es que se trate de **un espacio de libertad y amor y aceptación incondicional**. Estas cualidades han de ir juntas y fácilmente veremos el porqué de esta asociación.

Comencemos hablando del **espacio de libertad**. No se trata de un espacio físico, esto es evidente. Estamos hablando de un ambiente emocional y espiritual en el que nuestros adolescentes puedan plantear sus dudas, críticas y cuestionamientos acerca de nuestra fe. Un espacio donde exista la libertad de ir y decir cosas como las que transcribo a continuación:

- *“Si Dios existiera no permitiría el mal.”*
- *“¿Qué pruebas tenemos de que Dios realmente existe?”*
- *¿Cómo podemos estar seguros de que la Biblia es la Palabra de Dios? ¿Cómo se formó el canon de la Escritura?*
- *¿Por qué 66 libros y no 59 o 69?*
- *¿Por qué Jesús es el único camino a Dios?*
- *¿Qué tiene de incorrecto tener relaciones sexuales antes del matrimonio? ¿Por qué si dos homosexuales se aman no pueden vivir juntos?*

La lista de preguntas podría ser interminable y tal vez a algunos de nosotros se nos ponen los pelos de punta sólo de pensar en que semejante caso pudiera plantearse. Pero seamos realistas, esos casos se dan, esas dudas se tienen, esas preguntas bullen en su cerebro y esos cuestionamientos golpean sus conciencias.

Lo triste no es que eso suceda, lo triste es que no puedan tener la libertad de expresarlo en el lugar donde más bienvenidas deberían ser esas cosas, sus iglesias, sus grupos de jóvenes. Y, tal vez, no lo hacen porque falta el segundo ingrediente de ese ambiente significativo, el **espacio de amor y aceptación incondicional**.

Pero antes de desarrollar este segundo aspecto de un ambiente significativo, nos es preciso llamar la atención acerca de la importancia y el valor de la duda. La duda no es mala. La duda es una actitud intelectual que hace que la persona precise de más información o una mejor comprensión de la que actualmente tiene. La duda no debe ser confundida con la incredulidad que es una negativa a creer. La duda es honesta, la incredulidad no lo es. La duda debe de ser respetada, valorada y aceptada. Es más, creemos que debe facilitarse que los jóvenes adolescentes puedan expresar sus dudas con toda su crudeza y profundidad, sin que ello implique el riesgo de que puedan verse “catalogados” o bien marginados emocional o espiritualmente.

Algunos adultos, dirigentes o no, ven la duda como algo peligroso, algo a erradicar. Las dudas no se erradican, si por tal término se entiende reprimirlas, ignorarlas, pretender que no existen u obligar directa o indirectamente a sus portadores a ocultarlas. Las dudas se resuelven con amor y con respuestas honestas, íntegras y coherentes. Un líder de jóvenes que siempre favoreció que sus jóvenes expresaran todo tipo de dudas acostumbraba a agradecerles su confianza por hacerlo y prometía que siempre encontrarían una respuesta íntegra, honesta e intelectualmente coherente. Tal vez no fuera la que los jóvenes hubieran deseado oír, pero sin duda los propios jóvenes habrían apreciado la coherencia de la misma.

Pensamos sinceramente que este es el tipo de actitudes que deberían de existir ante la duda. Es posible que la razón por la que muchos adultos se horrorizan ante las dudas que pueden plantear sus jóvenes sea el hecho de la propia debilidad y la inseguridad espiritual en la que ellos mismos viven. La inseguridad de otros pone de manifiesto su propia inseguridad y debilidad, tan laboriosamente mantenida bajo control.

Hemos de transmitir a los adolescentes el sentimiento de que la fe no ha de temer ser cuestionada. La fe, si es verdadera, tal y como creemos los cristianos, no debe tener miedo de la prueba de la duda o el cuestionamiento. Si permitimos que nuestros jóvenes se cuestionen y planteen su fe y somos responsables en elaborar y proveer respuestas coherentes y maduras, la fe de nuestros hijos prevalecerá. Sin embargo, no olvidemos que una duda no resuelta o reprimida puede ser una semilla de incredulidad.

Por otra parte, no debemos animar a nuestros adolescentes a dudar, eso pueden hacerlo y lo harán por sí mismos, pero sí a expresar sus dudas. Puede ser tremendamente beneficioso para nosotros, ya que nos permitirá conocer las necesidades reales de nuestros jóvenes, sabremos cuál es su situación real y estaremos en condiciones para poder ayudarles.

Ahora podemos tratar el segundo ingrediente de este espacio significativo, **amor y aceptación incondicional**. Una rápida e incluso superficial mirada a los relatos evangélicos nos mostrará que la razón por la que los pecadores se acercaban a Jesús era el amor y la aceptación incondicional que éste proyectaba hacia ellos.

Él era conocido como “el amigo de los pecadores y publicanos” ¡Qué honroso título para cualquier creyente! Jesús no compartía ni aprobaba sus conductas o hábitos de pecado, pero sabía expresarles que aún por encima de los mismos los amaba y deseaba lo mejor para ellos. En esos años difíciles del distanciamiento la iglesia debe de promover este ambiente de amor y aceptación incondicional donde el rebelde, el que duda, el que lucha y el que peca, encuentren que no por eso dejan de ser amados y aceptados, encuentren que no dejan de ser valorados y buscados. Es nuestra convicción que este tipo de ambiente puede ser tremendamente positivo y puede ser la contribución más notable que la iglesia haga al desarrollo espiritual del adolescente y a la integración de la fe en esa nueva personalidad que se está desarrollando.

Necesitamos acabar este apartado dedicado al papel de la iglesia para poder entrar en el siguiente en el que se expondrán ideas y sugerencias prácticas para la colaboración entre las familias y la iglesia. Antes de hacerlo, hemos de hablar de la segunda gran contribución que

la iglesia puede y debe hacer, **los adultos significativos**.

A pesar de que los padres pierden influencia en esta etapa de la vida del joven, éste todavía necesita de la influencia, el apoyo y la referencia que pueda darle el mundo adulto. Existe un mito que afirma que los adolescentes no quieren y no necesitan la influencia y presencia de adultos en su vida. Se trata realmente de eso, de un mito, carente de base científica.

De hecho, las investigaciones demuestran todo lo contrario. El estudio más extenso hecho en los Estados Unidos, The National Early Teen Survey, puso de manifiesto la importancia y la necesidad de los adultos en la vida de los adolescentes. Según el citado estudio, los adolescentes tienen la tendencia a buscar consejo y orientación para la vida en sus amigos. Asimismo, el informe constata que no acostumbran a seguir el consejo que éstos les brindan. ¿La razón? Los amigos sólo incrementan la sensación de angustia y ansiedad, ya que rara vez pueden ofrecer una palabra de sabiduría o una perspectiva lo suficientemente equilibrada.

De hecho, mayoritariamente, los encuestados afirmaban que preferirían acudir a sus padres u otros adultos en busca de consejo. Lamentablemente, no creen que la relación con los adultos que les rodean sea lo suficientemente buena para hablar abiertamente de sus problemas.

Los padres pueden ser sustituidos por los profesores u otros adultos en el entorno del joven y pueden ejercer sobre él una influencia considerable. La iglesia puede prestar una ayuda inestimable a sus adolescentes al poner a su disposición personas adultas, los líderes de jóvenes, que puedan ejercer como marco de referencia para este proceso de búsqueda y formación de su nueva identidad.

Estos líderes han de ser personas maduras que tengan bien integrada en su vida cotidiana la fe cristiana. Deben ser personas lo suficientemente mayores para poder ser de guía y ayuda al joven, pero lo suficientemente jóvenes para poder entender y comprender el mundo juvenil. Los líderes deberían ser individuos que muestren una fe real, activa y comprometida, una vida atractiva que anime al adolescente a querer ser como ellos. No

estamos pidiendo que los dirigentes sean perfectos, pero sí honestos, personas que consciente y activamente se preocupan por ser modelos válidos para los muchachos y muchachas que están bajo su responsabilidad. Hay cuatro imágenes bíblicas que ilustran las cualidades que deben tener estas personas.

A. Modelos (2 Timoteo 2:2; 1 Corintios 11:1; 1 Timoteo 4:12; Juan 13:15). Un modelo es alguien digno de ser imitado. Los modelos son importantes en todas las áreas de la vida. Sirven de orientación, de punto de referencia, de norma o patrón. En la vida cristiana necesitamos modelos vivos a los que imitar y seguir, personas que indiquen a los jóvenes cómo vivir una vida de santidad en el umbral del siglo XXI.

B. Maestros (1 Timoteo 4:6; Mateo 28:20; 2 Timoteo 2:2). El maestro tiene como principal objetivo la enseñanza de los principios de la Palabra de Dios ayudando al adolescente a relacionarlos con su vida cotidiana. Un maestro no sólo enseña, también corrige, instruye, reprende y evalúa.

C. Pastor (Hechos 20:28-30; Hebreos 13:7-12 y 20). Ya en el Antiguo Testamento se utilizaba la figura del pastor para describir una relación de liderazgo espiritual. Bastaría la lectura del salmo 23 para comprobar toda la riqueza y responsabilidad de liderazgo que tiene un pastor. Esta figura nos hace pensar en proveer alimento, velar por el rebaño -en ocasiones día y noche- defenderlo, cuidar a las ovejas heridas, buscar a las perdidas, proveer lugares de descanso y guiar por caminos correctos.

D. Nodriza (1 Tesalonicenses 2:7-8) En la antigüedad la nodriza se encargaba de la alimentación y el cuidado de los niños pequeños que le eran encomendados. No eran sus propios hijos, pero debía cuidarlos como si lo fueran, eso sí, sin dejar de ser consciente que pertenecían a otra persona ante la cual era responsable. Una nodriza o niñera nos hace pensar en responsabilidad, ternura, amor, nutrición, cuidado, protección y ayuda entre otras cualidades.

Queremos concluir afirmando que los adultos que estén al frente del trabajo con los

adolescentes de la iglesia deben ser muy conscientes del papel clave que pueden jugar en la vida de los mismos durante esos años tan importantes de su desarrollo como seres humanos. Pueden tener el inmenso privilegio y la gran responsabilidad de ser de gran influencia en unos momentos críticos para su futuro espiritual. El líder de jóvenes tiene en el amor y la aceptación incondicional su principal herramienta para marcar la vida de los adolescentes.

VI. IDEAS Y SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA UN PROYECTO DE COLABORACIÓN.

Queremos desde estas líneas dar algunas sugerencias a las familias acerca de su contribución en esta época tan crucial de la vida de sus hijos.

- A. Las familias han de entender y asumir su protagonismo bíblico en la educación espiritual de sus hijos, incluso cuando estos llegan a la adolescencia. De forma continuada, aunque en ocasiones sea necesario amoldarla a las nuevas circunstancias, las familias han de continuar proveyendo instrucción - es decir, comunicando los principios de la Palabra de Dios- y un ejemplo consistente de lo que significa la aplicación en la vida cotidiana de esos principios bíblicos. Los padres no deben olvidar que toda situación en la que están con sus hijos es una situación educativa en la que éstos aprenden, toman nota y valoran el efecto que el Evangelio está teniendo en la vida de sus padres. Por activos o por pasivos los padres siempre están educando, bien o mal, a sus hijos en las verdades del Evangelio.
- B. Esto nos lleva directamente a la segunda sugerencia para las familias. Los padres y madres han de asumir la responsabilidad de cuidar y cultivar su vida espiritual como individuos y como matrimonio. Ello significa pagar un precio, el precio de invertir tiempo y energías en el desarrollo de su propia vida

espiritual, de su caminar diario con el Señor, de su tiempo de lectura, meditación y aplicación de las Escrituras. Las madres y los padres necesitan entender que cuando invierten en cultivar su propia vida espiritual están invirtiendo en la vida espiritual de sus hijos.

- C. Encarnar el evangelio en sus propias vidas. No existen padres perfectos, ningún hijo tiene el derecho a exigir que sus padres sean perfectos, esto es completamente cierto. Sin embargo, todos los hijos del mundo tienen el derecho a que sus padres sean íntegros, honestos y coherentes en su caminar espiritual. No creemos que los hijos se vuelvan hacia sus padres en busca de perfección pero sí se vuelven en busca de honestidad y coherencia, y esto último, en ocasiones, no lo encuentran. Los valores del Evangelio: amor, perdón, fidelidad, sacrificio, servicio, entrega, y otros muchos que podrían ser enumerados se "captan", no se aprenden. ¿Qué queremos decir con esa afirmación? Queremos decir que se contagian y se asimilan por simbiosis cuando el adolescente crece en un ambiente en que esos valores se viven y son reales.
- D. Los padres han de asumir su responsabilidad de contribuir al clima general de la comunidad cristiana. Es muy importante que los progenitores entiendan que han de invertir tiempo, dinero y esfuerzos para que su iglesia local sea más santa, más evangelística, más centrada en la adoración, más ferviente en la oración, más preocupada por los necesitados, más solícita en obedecer la voz de Dios, más respetuosa con la Palabra. Al hacer esto están invirtiendo directa y dramáticamente en la vida espiritual de sus propios hijos.

Contrariamente, cada vez que se inhiben en ayudar a desarrollar

estas características, o con su mal testimonio contribuyen a destruirlas, están invirtiendo en la ruina espiritual de sus propios hijos. Una comunidad fuerte y equilibrada, centrada en el Señor, será de inestimable ayuda y apoyo para el adolescente en aquel momento de distanciamiento, en el que como ya ha sido explicado anteriormente, necesitará desesperadamente de otros marcos de referencia.

Los padres han de entender cómo la comunidad afecta al individuo y éste a la comunidad en un juego de interacciones. Cuando nuestros jóvenes comienzan a plantearse si integrarán o no la fe en su nueva identidad miran a su alrededor en busca de orientación o referencia y se preguntan ¿qué significa ser cristiano, cómo han de vivir los cristianos, qué se supone que hace un cristiano? Al mirar a su alrededor fijan su atención en la comunidad, en la iglesia local y lo que ven a su alrededor, sea bueno o malo, sea excelente o mediocre, será en buena parte lo que les ayudará a hacerse una idea de lo que significa ser cristiano. Una vez asumido ese “nivel promedio”, se amoldarán al mismo y contribuirán a reforzarlo.

Dicho de otra manera, si un joven mira a sus adultos y ve que son pasivos y poco serviciales, despreocupados por la evangelización y celosos de sus derechos, eso mismo será para él la vida cristiana. Si otro joven mira a su alrededor y ve una iglesia local consagrada, ferviente en la oración y la evangelización y donde el servicio es central y esencial, eso mismo será lo que él adopte como estilo de vida.

- E. Finalmente los padres han de asumir su responsabilidad de exigir que las iglesias locales desarrollen ministerios de juventud equilibrados y coherentes que realmente puedan satisfacer las necesidades de sus hijos, entendiendo que esto puede

implicarles su propia involucración personal. Los padres ni pueden ni deben desentenderse de los programas que las iglesias llevan a cabo para sus jóvenes, deben supervisarlos de cerca y expresar las dudas, preocupaciones, sugerencias y cualquier otra aportación tanto al liderazgo juvenil como al de la iglesia, siempre en una actitud de amor y edificación.

Nuestras sugerencias van dirigidas ahora a las iglesias y comunidad locales.

- A. Las iglesias han de asumir la responsabilidad de ministrar a los padres para que entiendan y, además, asuman su responsabilidad bíblica de educar a sus hijos. La iglesia ha de entender que cuando ministra y fortalece a las familias está fortaleciendo directamente a la comunidad de los creyentes. De forma práctica la iglesia puede llevar a cabo esta tarea proveyendo a los padres de tres aspectos claves:

1. Visión. Es decir, una comprensión de la importancia del ministerio de los padres en la vida de los hijos, del papel irreplicable, vital y fundamental que juegan en el desarrollo espiritual de sus hijos.
2. Adiestramiento. La iglesia local no ha de detenerse en el primer punto. Recordar a los padres su responsabilidad bíblica no es suficiente. Los padres necesitan saber cómo llevar a cabo la tarea encomendada. Muchos padres no saben, porque nunca han recibido la instrucción necesaria para ello. Otros no han tenido en sus propios hogares modelos que puedan servirles de puntos de referencia.

3. Recursos. Finalmente, la iglesia debe proveer a los padres con los recursos necesarios para llevar a cabo su papel en el desarrollo espiritual de los hijos. La comunidad local debe hacer un esfuerzo de investigación para localizar y proveer a los padres con aquellos recursos que les ayuden a ellos a crecer espiritualmente y ayudar a sus hijos en esta aventura.

B. Desarrollar buenos ministerios de juventud. Ya hemos explicado la importancia que el ministerio de jóvenes de una iglesia local tiene en esa época tan crucial de la adolescencia. Por ello, es vital que las comunidades de creyentes pongan énfasis y hagan del desarrollo del mismo una prioridad. Queremos dar unas indicaciones acerca de las características que deberían servir para identificar un buen ministerio de juventud:

1. Objetivos claros. Todo ministerio de juventud tendría que estar en condiciones de responder a esta pregunta clave: ¿cuál es el objetivo final que queremos conseguir en la vida de los jóvenes con los que trabajamos? La respuesta no debería de ser una serie de grandes afirmaciones de tipo espiritual caracterizadas por la vaguedad y la poca concreción. No olvidemos que un objetivo debe ser algo concreto, específico, medible y en el ámbito cristiano, sobrenatural.
2. Planes para la consecución de los mismos. Los planes son los escalones que nos permiten llegar a nuestro destino final. Los planes son los pasos intermedios que nos capacitarán para

conseguir nuestros deseos últimos. Un buen ministerio de juventud debería tener planes a largo, corto y medio plazo.

3. Multiplicidad de acercamientos educativos. La reunión del grupo de jóvenes el sábado de seis a ocho de la tarde ya no es suficiente para afrontar todos los retos y necesidades que plantea un ministerio a los adolescentes de nuestras comunidades. Hemos de hacer un esfuerzo de creatividad y desarrollar nuevos y múltiples medios para trabajar con este sector de los jóvenes de la iglesia local.

Actividades lúdicas, más énfasis en el trabajo pastoral personalizado, grupos pequeños, actividades especiales, una clara y abierta colaboración con entidades denominacionales e interdenominacionales serían algunas sugerencias al respecto. Las complejidades de la vida contemporánea nos plantean retos que nos exigen reconocer que ninguna iglesia local tiene todos los medios, los dones y los recursos para afrontarlos por sí sola.

4. Visión integral del joven. Los adolescentes no son almas, son seres humanos y, por esa razón, todo ministerio dirigido a este sector debe tener en cuenta la tremenda complejidad del ser humano. Estamos llamados a ministrar al ser humano integral y esta realidad es todavía más cierta, si cabe, en los

adolescentes. No podemos pasar por alto sus necesidades emocionales, físicas, intelectuales, sociales y de cualquier otro tipo. Un ministerio dirigido a este grupo humano debe tener en cuenta verlos como personas integrales.

5. Un ambiente adecuado. Con anterioridad hemos hablado suficientemente acerca de este aspecto. Baste, por tanto, recordar que nos referimos a un ambiente de amor y aceptación incondicional en el que el joven pueda tener la libertad de expresar sus dudas, preguntas y planteamientos en relación con su emergente fe y personalidad.

- C. Adultos significativos al frente del ministerio de juventud. La disponibilidad y la buena voluntad han sido durante mucho tiempo la única exigencia para estar al frente del grupo de jóvenes. Por las razones anteriormente mencionadas hemos de afirmar que hoy en día estas características ya no son suficientes. Las personas que estén al frente de los adolescentes han de ser personas cualificadas y preparadas.

No estamos pensando en personas con estudios teológicos, no necesariamente esto último es una garantía. Estamos hablando de personas maduras, con una fe claramente integrada en su personalidad y vida cotidiana. Personas, en definitiva, que puedan ser ese marco de referencia hacia el que los adolescentes se volverán en busca de orientación y apoyo.

Es altamente recomendable que los líderes de todo ministerio juvenil

puedan recibir capacitación para poder llevar a cabo el trabajo que les ha sido encomendado. La figura del pastor de jóvenes, que tímidamente comienza a asomar en nuestras iglesias, sería algo deseable. La realidad, sin embargo, nos indica que la mayoría de las iglesias no pueden permitirse el lujo de afrontar la carga económica que ello puede representar. Por ello, el adiestramiento de todas aquellas personas que deseen trabajar con jóvenes ha de ser, sin duda, uno de los retos que las iglesias locales deberán afrontar en un futuro cercano.

- D. Una preocupación por los adolescentes en la adoración comunitaria. Hemos de ser sinceros y reconocer que nuestros cultos no tienen en cuenta a ningún sector de la iglesia aparte de los adultos. Los cultos y servicios de la iglesia en general están diseñados -por supuesto para adorar a nuestro Dios- pero también para satisfacer el gusto estético de las personas adultas de la congregación.

Si el culto es una experiencia de adoración y alabanza a Dios de la familia de la fe, hemos, pues, de ser sensibles al hecho de que la familia de la fe no sólo está compuesta por adultos, sino también por niños, adolescentes y jóvenes. Sin embargo, no existen manifestaciones cúllicas en las que el gusto y la estética de niños, jóvenes y adolescentes puedan manifestarse.

Hemos de encontrar vías que permitan a estos sectores expresar su alabanza y adoración no en formas o expresiones adultas sino en las propias de su edad y en el marco de comunitario conjunto, no tan sólo en las actividades propias de niños o jóvenes.

Autoevaluación

1. ¿Qué factores influyen en que el periodo de la adolescencia se alargue o se acorte?
2. ¿Por qué crees que los fenómenos relacionados con la adolescencia se dan actualmente con más precocidad?
3. Según Erikson ¿Cuál es la tarea vital básica de la adolescencia?
4. Define con tus propias palabras en qué consiste la identidad personal
5. ¿Por qué las épocas de crisis son también las de mayor vulnerabilidad?
6. ¿Por qué es importante, natural y necesario que el adolescente se distancie de su familia?
7. ¿Qué es un marco de referencia?
8. ¿Qué nuevos marcos de referencia tienen una creciente importancia sobre el adolescente?
9. ¿Por qué son importantes los marcos de referencia?
10. ¿Cuál es el papel fundamental de la familia con relación al adolescente?
11. ¿Cuál es el papel que ha de representar la iglesia?
12. ¿Por qué la iglesia tiene un papel tan clave en esos años?
13. Enuncia las dos contribuciones básicas que puede hacer la iglesia
14. ¿Qué ha de caracterizar un ambiente significativo?
15. ¿Qué ha de caracterizar a las personas significativas?
16. ¿Qué ha de caracterizar un ministerio con adolescentes?

Trabajo práctico

Desarrolla una estrategia para el trabajo con los adolescentes de tu iglesia. Usa todos los principios que hasta aquí has aprendido. La estrategia debería incluir los siguientes puntos:

- ☐ Justificación de la importancia de un ministerio con adolescentes
 - ☐ Principales objetivos que ha de intentar conseguir un ministerio con este grupo humano
 - ☐ Cómo el ministerio con adolescentes se ha de relacionar con el resto del ministerio juvenil
 - ☐ Cómo el ministerio hacia el adolescente ha de contemplar el trabajo con los padres
- Actividades a desarrollar para cumplir los objetivos